

WARHAMMER

Trilogía de
VON CARSTEIN



Las Guerras de los Vampiros
STEVEN SAVILE

La trilogía sobre las Guerras de los Vampiros en un solo volumen.

La aristocracia de la noche te da la bienvenida. De todos los vampiros que acechan el Viejo Mundo, los Von Carstein son los más infames. Sus meros nombres —Vlad, Conrad y Manfred— conjuran imágenes de fatalidad, muerte y destrucción. Esta edición ómnibus recoge las tres novelas de Steven Savile sobre este linaje —Herencia, Dominio y Venganza— en un sangriento volumen que se adentra en las profundidades del mal.

Introducción

Olvidaos de los dragones, aquí hay un aguafiestas. Continúad leyendo bajo vuestra responsabilidad, o leed el libro y regresad después para leer la introducción. ¿Os habéis marchado a leer? Vale, nosotros simplemente nos sentaremos aquí y hablaremos a vuestras espaldas hasta que volváis. ¿Ya de vuelta? Fantástico, vale, el asunto es éste: siempre he considerado que la fantasía son los relatos de héroes enfrentados a unas probabilidades imposibles, y, como lector, esos héroes siempre me han parecido más interesantes cuando son hombres y mujeres normales enfrentados con demonios, diablos y semidioses. ¿Qué gracia tiene leer las historias del más grandioso espadachín del Oeste, armado con su espada mágica y sus reflejos veloces como el rayo, invencible en el combate ad nauseum? Ya sabéis de qué va eso, habéis leído los libros, visto las películas, comprado las camisetas y todas esas tonterías, ¿verdad? Yo sí lo he hecho.

Al ir creciendo, me di cuenta de que mis héroes siempre eran raros. Otra gente hablaba con reverencia de Trevor Francis y Peter Barnes, Stevie Highway y Kevin Keegan (vale, con eso tenéis suficiente para calcular mi edad aproximada), mientras que a mí siempre me inspiraron más reverencia Peter Cushing y Christopher Lee. Mirad las pruebas, tal y como las presentaban aquellas viejas producciones de la Hammer: cada viernes por la noche, en el Channel 4 o la BBC2, las fronteras que separan a los vivos de los muertos

se desdibujaban durante unas pocas horas. Cushing se encontraba en el castillo de Drácula mientras se avecinaba el amanecer; el maléfico conde (porque, reconozcámoslo, para alguien de trece años Christopher Lee era un epítome bastante bueno de lo maléfico, por aquel entonces) se hallaba sentado ante un extremo de la enorme mesa, el Van Helsing encarnado por Cushing ante el otro, con sólo candeleros y comida intacta entre ambos, y ni una sola arma a la vista. Sin embargo, Cushing saltaba sobre la mesa, se apoderaba de dos candeleros de plata para formar con ellos un crucifijo, y al correr por la mesa hacía retroceder al conde con nada más que su fe, para lanzarse hacia las gruesas cortinas de terciopelo y dejar entrar la luz del día en... ¿Cómo podía un jugador de fútbol ser considerado un héroe, después de eso? Semana tras semana, ya fueran los relatos de Victor Frankenstein, del Hombre lobo o de la Momia, estas viejas producciones de estudio dieron forma a un joven espectador al sembrar en su corazón la semilla de este amor oscuro.

Si pulsamos el avance rápido para hacer pasar muchos más años de los que estoy dispuesto a admitir, llegaremos a un intenso tráfico de e-mails (¿y qué clase de magia negra habrían sido éstos en los tiempos del Drácula de Christopher Lee?), y una oportunidad llamó a mi puerta: ¿Estaría interesado en una serie de novelas fantásticas de vampiros? Ahora voy a desvelar el secreto de mi éxito, así que poned atención, es el secreto apretón de mano que me ha llegado a través de generaciones de escritores que me precedieron, un mantra de cuatro palabras:

Yo puedo hacer eso.

Cuando comencé mi andadura, sabía que quería mantener el sentido del humor establecido por Kim Newman en sus libros de Genevieve, así que incluí cientos de pequeños detalles de la literatura y las series televisivas en los manuscritos. Esa fue la parte fácil, aunque no resultó menos asombrosa cuando un lector, Barry Green, compiló unos

cincuenta de ellos y me los envió por e-mail para pedirme una confirmación. Por entonces no mencioné que había pasado por alto unos ciento cincuenta más, porque pensé en guardármelo para volver loco ahora a ese pobre tipo que revisará cada página una y otra vez en busca de lo que no vio la primera vez.

No obstante, después vino la parte difícil, la de tomar cientos de años de historia y hacer una narrativa coherente y atractiva a partir del material ya existente en Games Workshop, cosa que constituía un reto por derecho propio. El objetivo era no humanizar a los vampiros, lo cual significaba intentar mantenerse fuera de su punto de vista a lo largo de una gran parte de la trilogía, lo cual a su vez implicaba hallar un hilo conductor con el que poder identificarnos, alguien que nos revelara las maléficas tramas y el hecho de que el Viejo Mundo se tambaleaba al borde de la no vida.

Contaba con Vlad von Carstein, mi vampiro al estilo de Lee que rezumaba encanto seductor y melancolía gótica, esa parte era fácil, pero ¿dónde estaba mi Cushing? ¿Mi héroe? ¿El más grandioso espadachín del Oeste? Pensé: no, recuerda, aburrido, aburrido, aburrido. ¿Un antihéroe, entonces? Los personajes con defectos son siempre más interesantes, así que me decidí a escribir las primeras escenas con Jon Skellan y Stefan Fischer, pero ya cuando estaba escribiendo las primeras palabras supe que jamás podrían ser mis héroes; al ser hombres mortales, sus vidas son como motas de polvo en los planes de los muertos eternos. Pero, entonces, ¿quién podía ser mi héroe? ¿Quién podría proporcionarme durante siglos un punto de vista con el que poder identificarnos? En el esbozo original del primer libro, Skellan nunca salió del castillo, aquella noche de Geheimnisnacht. Logró su victoria pírrica y ya no le quedó ninguna razón para vivir. Además, estaba demasiado maltrecho como para ser un verdadero héroe, era vuestro hombre bueno que caía en la oscuridad. Eso me dio lo que necesitaba: la caída de un héroe y su eventual redención. Aunque, claro

está, cuanto más honda era la caída de Skellan, más irremediable se volvía. Era algo desolador. De hecho, ha habido gente que en más de una ocasión me ha comentado el hecho de que cada vez que pensaban haber dilucidado quién sería el héroe, yo lo mataba. Supongo que ser un héroe en el Viejo Mundo era una elección peligrosa.

Skellan siempre me interesó, en primer lugar porque era absolutamente aborrecible, incluso cuando era humano. Al convertirse en vampiro, había en él más oscuridad que en cualquiera de sus congéneres chupasangres, reflejo de la oscuridad que ya llevaba dentro cuando era un hombre.

Por supuesto, eso genera muchísima ansiedad y hace que los lectores tengan ganas de cortarse las venas hacia la página 250, así que tenía que haber un contrapunto, algún tipo de esperanza. Porque, en realidad, de eso va la fantasía, volviendo a ese comentario de apertura sobre los héroes y sobre que los mejores héroes son los hombres y mujeres corrientes: aquello que los diferencia de los demás es que nunca pierden la esperanza.

Así que cuando Vlad arrojó el cadáver del Lobo Blanco de Middenheim desde el campanario en lo que fue nada más y nada menos que un arrebatado de enojo, supe que ya tenía mi contrapunto, mi esperanza, un hombre tan atrincherado en todo lo bueno que la oscuridad de su nueva naturaleza no puede ni soñar con aniquilar al hombre que había sido. Jerek Kruger calzó con facilidad los zapatos de mi héroe, perfecto contraste para los impulsos nihilistas de Skellan.

A partir de ese momento, la serie se centró en torno a ellos dos. Ambos eran hombres normales atormentados por el mundo que los rodeaba, y que habían cambiado. No eran los míticos condes, ni los más grandiosos espadachines, ni los más poderosos magos; eran dos hombres normales, impulsados y separados por lo más corriente: el amor. Siempre supe que uno caería y el otro se redimiría. El

amor empujó a Skellan a la locura, y retuvo a Kruger al borde de ella.

Pero así es como tienen que ser las cosas en los relatos épicos, ¿verdad? Las esperanzas se pierden o se retienen, los planes caen hechos añicos, las espadas se alzan contra los demonios y los hombres; es otra vez como en el caso de Van Heising con sus candeleros de plata, la fe superando lo insuperable, y el precio de la victoria tiene que ser enorme... en este caso, el alma inmortal de un hombre.

STEVEN SAVILE
30 de agosto de 2007

Ésta es una época oscura, una época sangrienta, una época de demonios y de brujería. Es una época de batallas y muerte, y de fin del mundo. En medio de todo el fuego, las llamas y la furia, también es una época de poderosos héroes, de osadas hazañas y grandiosa valentía.

En el corazón del Viejo Mundo se extiende el Imperio, el más grande y poderoso de todos los reinos humanos. Conocido por sus ingenieros, hechiceros, comerciantes y soldados, es un territorio de grandes montañas, caudalosos ríos, oscuros bosques y enormes ciudades. Es un territorio desgarrado por la incertidumbre, dado que tres pretendientes rivalizan por el control del trono imperial.

Pero estos tiempos están lejos de ser civilizados. A todo lo largo y ancho del Viejo Mundo, desde los caballerescos palacios de Bretonia hasta Kislev, rodeada de hielo y situada en el extremo septentrional, resuena el estruendo de la guerra. En las gigantescas Montañas del Fin del Mundo, las tribus de orcos se reúnen para llevar a cabo un nuevo ataque. En el este, los muertos no descansan en paz, y corren rumores de que ratas que caminan como hombres emergen de los lugares oscuros de la tierra. Procedente de los salvajes territorios del norte, persiste la siempre presente amenaza del Caos, de demonios y hombres bestia corrompidos

*por los inmundos poderes de los Dioses Oscuros.
A medida que el momento de la batalla se aproxima,
el Imperio necesita héroes como nunca antes.*

El frío beso de la muerte

EL anciano sacerdote huyó del castillo.

Los rayos calcinaban la oscuridad y convertían momentáneamente la noche en día. Las esqueléticas ramas de los árboles que lo rodeaban proyectaban sobre el sendero siniestras sombras que se retorcían y contorsionaban al destellar los relámpagos. El trueno rodaba por las crestas de las colinas y retumbante. La lluvia caía como un torrente que ahogaba los sonidos más débiles.

La fuerza primigenia de la tormenta resonaba en los huesos de Victor Guttman.

—Soy un viejo —gimió, al tiempo que se aferraba el pecho con la certidumbre de que el dolor que sentía era su corazón a punto de reventar—. Soy frágil. Débil. No tengo la fortaleza necesaria para esta lucha. —Y era verdad, cada una de esas palabras. Pero ¿quién más había para luchar?

Nadie.

Aún se le erizaba la piel a causa de la repulsión que había sentido en presencia de la criatura. La náusea le rozaba la garganta. Su sangre se sentía asqueada por la contaminación de la criatura que había entrado en la alcoba del barón Otto para apoderarse de la joven Isabella. Cayó de rodillas, derribado por la absoluta ferocidad de la tormenta. El viento se burlaba de él y aullaba en torno a su cuerpo, tironeándole de los ropones. Muy fácilmente podría morir en

el camino y ser arrastrado por la tempestad, para perderse para siempre en el bosque, donde alimentaría a los lobos y se pudriría.

—No.

El templo. Tenía que regresar al templo.

Trabajosamente, se puso de pie y avanzó unos cuantos pasos tambaleantes más, tropezando con sus propios pies a causa de la necesidad de alejarse de aquel lugar condenado.

Allí había monstruos. Monstruos reales. Se había vuelto insensible al miedo. Una vida de reclusión en el templo, de días de nacimientos y bautizos, de ceremonias matrimoniales y fúnebres, de cosas tan mundanas que de algún modo se combinaban para hacer que los monstruos fuesen menos malignos y, finalmente, se transformaran en nada más que cuentos. Había olvidado que esas historias eran reales.

Guttman se detuvo en seco, y se apoyó en un árbol cercano para no caerse. Miró con temor por encima del hombro hacia la oscura sombra del castillo de Drakenhof, encontró la única ventana en la que ardía una luz, y vio la silueta del nuevo conde.

Vlad von Carstein.

Sabía qué clase de retorcida abominación era aquel hombre. Sabía, con total certidumbre, que había sido testigo de la entrega de la baronía a un demonio. La enferma maldad retorcida de Otto van Drak palidecía al compararla con las tiranías de la noche que prometía Von Carstein.

El anciano sacerdote intentó reprimir la urgencia de vaciar las tripas. De todos modos vomitó y se limpió la bilis de la boca con el dorso de la mano. La contaminación de la criatura lo había debilitado. Su enfermedad era insidiosa. Le arañaba el estómago, le desgarraba la garganta y le tironeaba de la mente. Su visión se desenfocaba y enfocaba. Necesitaba distanciarse de aquel demonio.

Su mente funcionaba a toda velocidad. Se esforzaba por recordar todo lo que sabía sobre los vampiros y su especie,

pero era muy poco, aparte de las supersticiones y los rumores.

La atmósfera opresiva del camino empeoró cuando describió un giro cerrado para descender hacia el pueblo. Al anciano le pareció que el refugio de sus tejados y las acogedoras luces estaban muy, muy lejos. La torrencial lluvia ahogaba los demás sonidos. Aun así, Guttman se sentía cada vez más seguro de que no estaba a solas en la tormenta. Algo, o alguien, lo seguía.

Captaba algún atisbo de movimiento por el rabillo del ojo, pero cuando miraba la sombra se había fundido con otras sombras más oscuras, y la mancha que había estado seguro de que era una pálida cara había mutado en las garras de ramas muertas o el aleteo de las alas de un murciélago.

Se dio cuenta de que miraba más frecuentemente por encima del hombro, en un intento de captar un atisbo de quienquiera que estuviese siguiéndolo.

—¡Mostraos! —gritó el anciano sacerdote, desafiante, pero sus palabras fueron arrebatadas del aire por la tormenta. La fría mano del miedo le aferró el corazón, mientras tropezaba y resbalaba erráticamente.

Le respondió un coro de lobos.

Y una risa.

Por un momento, Guttman desconfió de sus oídos. Pero no tenía por qué hacerlo. Era la risa de un hombre. La sintió en las entrañas, en los huesos y en la sangre, la misma repulsión que lo había hecho desmayar a los pies de Von Carstein cuando el hombre había entrado por primera vez en la alcoba de Van Drak.

Uno de los contaminados vástagos del conde lo había seguido al salir del castillo. Era estúpido e ingenuo pensar que Von Carstein pudiera estar solo. El monstruo tendría secuaces a sus órdenes, lacayos que aún retenían la humanidad, y sirvientes que habían renunciado a ella hacía mucho. Tenía sentido. ¿Cómo podía una criatura condenada

tener la esperanza de medrar entre los vivos sin un séquito de almas retorcidas que hicieran su voluntad?

—¡He dicho que te muestres, criatura! —gritó Guttman, desafiando a la oscuridad. La lluvia le corría por la cara como lágrimas. Ya no tenía miedo. Estaba sereno. Resignado. La criatura estaba jugando con él.

—¿Por qué? —preguntó una voz lo bastante cercana como para que sintiera el aliento del hombre en el oído—. ¿Para qué tu bonito dios pueda eliminarme con un rayo justiciero de su brillante martillo de plata? Creo que no lo haré.

El hermano Guttman se apartó de la voz con paso tambaleante, y se volvió para encararse con su torturador, pero el hombre no estaba allí.

—Eres dolorosamente lento, anciano —dijo la voz, que de algún modo volvía a estar detrás de él—. Me parece que matarte no va a ser nada divertido. —Guttman sintió que unos dedos fríos como la muerte le rozaban la garganta para tantearle el pulso en el cuello. Se apartó tan violentamente de aquel contacto que acabó tumbado en el fango cuan largo era, donde la lluvia le azotó el rostro mientras se debatía y resbalaba al intentar echarle una mirada a su torturador.

El hombre estaba de pie junto a él, aunque no era más que una silueta en la oscuridad.

—Podría matarte ahora, pero nunca he tomado a un sacerdote. ¿Crees que serías un buen vampiro, anciano? Tienes todo un rebaño de ovejas tontas para alimentarte, las cuales acudirían voluntariamente a ti en la noche, ansiosas por dejar que les chupes la sangre si tu sagrado beso las acercara más a su precioso Sigmar. —El hombre se arrodilló junto a él, y el costado izquierdo de su cara quedó finalmente iluminado por el resplandor de la luna. Para Guttman era la cara de la crueldad personificada, pero en verdad era a un tiempo hermosa y serena—. Qué pensamiento tan delicioso. Un sacerdote de hábito que se convierte en

un sacerdote de sangre. Piensa en las posibilidades. Serías único, anciano.

—Preferiría morir.

—Bueno, claro. Eso no hace falta que lo digas. Ahora, vamos, en pie.

—¿Para facilitarte las cosas?

—Ah, vamos, simplemente levántate antes de que se me agote la paciencia y te clave una espada en las entrañas, hermano. No es necesario que estés de pie para morir, ¿sabes? No es un requisito previo. Las espadas son igual de eficaces con la gente que está tumbada en el fango, créeme. —Tendió una mano para ayudar al sacerdote, pero el anciano la rechazó, y, tras apoyarlas manos en el suelo, luchó testarudamente para afianzar los pies y levantarse.

—¿Quién eres?

—¿Importa? ¿Realmente? ¿Qué tiene un nombre? De verdad. La carne pasada, el orín de gato y el moho del pan continuarían teniendo un olor igual de repugnante aunque se les llamara por cualquier otro nombre, ¿no es así? Seguirían oliendo a podredumbre, así que, ¿por qué esta obsesión con el nombre de las cosas? No hay magia alguna en un nombre.

—Qué triste es el mundo en el que habitas —dijo Guttman, pasado un momento—, cuando lo primero que te viene a la cabeza son cosas tan repugnantes. Dame un mundo de rosas y belleza, y moriré contento. Vivir como lo haces tú, eso no es vida.

—No te precipites a despreciarla, sacerdote. En mi ciudad natal tienen un viejo refrán: *Die reinste Freude ist die Schadenfreude* —dijo el hombre, en un Reikspiel pronunciado a la perfección—. «El júbilo más puro es el júbilo que sentimos cuando otros sienten dolor». Ahora creo que es el único júbilo genuino que sentimos. El resto es transitorio, fugaz. Dentro de poco la oscuridad será lo único que te quede, y la luz, tus preciosas rosas y todo lo demás que consideras hermoso no serán más que recuerdos. Debo

confesar que ese conocimiento me proporciona una ligera felicidad. Cuando hayas sido reducido a la nada, ya veremos cuántas cosas de las llamadas bellas decides recordar. Yo me llamo Posner. Herman Posner. Dilo. Que sea lo último que digas como criatura viviente. Dilo.

—Herman Posner —dijo el hermano Guttman, saboreando el nombre. Las palabras no eran en nada más malignas que cualquier otra que hubiera pronunciado. No tenían nada único. No estaban contaminadas por una vil plaga ni destruidas por la no muerte. Eran simples palabras, nada más.

—¿Rosa o podredumbre, sacerdote? Tú decides —dijo Posner. Una de sus manos avanzó velozmente, aferró al anciano por el cuello del ropón y lo levantó hasta que la punta de sus pies apenas si tocó el suelo. Guttman luchó y pataleó mientras Posner lo acercaba hacia sí lo bastante como para que el sacerdote sintiera el intenso olor de la sepultura en su aliento. El contacto de la criatura era repulsivo.

Carecía de importancia cuánto pataleara y se debatiera en la presa de Posner; era como si lo sujetara una mano de hierro.

Sintió los dientes —colmillos—, que se le clavaban profundamente en el cuello, mordían con fuerza. El cuerpo del anciano se tensó, cada fibra de su ser asqueada por aquel modo de matar tan íntimo. Lanzó golpes, se retorció, agitó brazos y piernas, y finalmente quedó laxo al sentir que le era drenada la vida.

Guttman no tenía ni idea de que había hecho que el vampiro lo soltara. No le importaba. Se le doblaron las piernas y cayó, pero no perdió el sentido. Quedó tendido en el fango, apenas capaz de moverse. Estaba seguro de que su alterado corazón simplemente dejaría de latir en cualquier momento y privaría al vampiro de su presa. Había una ironía deliciosa en ese pensamiento: la bestia atracándose de sangre muerta, dándose cuenta sólo cuando era ya demasiado tarde.